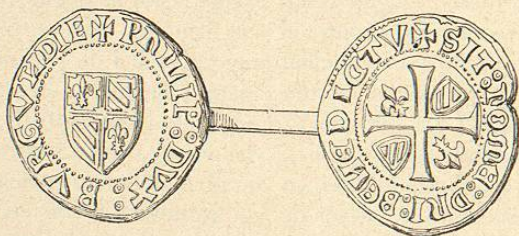


do en su locura algunos intervalos de lucidez, como su abuelo Carlos VI. En 13 de octubre de 1453 Margarita de Anjou le dió un hijo, pero este suceso fué acogido por él con indiferencia. La locura del rey y este nacimiento de un heredero varón que descartaba del trono al duque de York precipitaron la explosión de la guerra civil. Ricardo de York, ayudado por Warwick, el *hacedor de reyes*, se apoderó de la regencia y acabó por declarar sus pretensiones á la corona; pero Margarita de Anjou defendió enérgicamente los derechos de su hijo y ambos partidos buscaron alianzas en el continente. Enrique VI se había casado con una francesa y había manifestado sinceros deseos de firmar la paz con Carlos VII. En 1455 comenzaron las negociaciones entre los partidarios de los Lancáster y un favorito del rey Carlos, el caballeresco Pedro de Brezé, antiguo familiar de la casa de Anjou, el cual prestaba á la reina Margarita el apoyo de su bravura y de su crédito en la corte de Francia; pero las bruscas alternativas de la guerra de las Dos Rosas hacían difícil toda negociación. La situación se aclaró á fines del reinado de Carlos VII: estaban á punto de concertarse una alianza entre Margarita y el rey de Francia y otra entre el duque de York y el duque de Borgoña: tocábales ahora á los ingleses el turno de llamar en su ayuda á los extranjeros. En el transcurso de medio siglo, una doble evolución había arrastrado á Inglaterra del orden á la anarquía y llevado á Francia de la anarquía al orden. Al presente era Inglaterra la que tenía un rey loco y una familia real cuyos miembros se disputaban el poder: la patria del Príncipe Negro y de Enrique V no era ya de temer y la guerra de Cien Años estaba realmente terminada.

Se ha pretendido en nuestros días que la expulsión de los ingleses fué una desgracia para Francia y que es-

ta, educada en la escuela de aquéllos, habría disfrutado antes de la libertad política y religiosa; pero los que así hablan no recuerdan bien lo que los ingleses hicieron en Francia, ni las condiciones impuestas á nuestro desenvolvimiento nacional por los siglos anteriores, ni finalmente lo que eran los ingleses en el siglo xv. Cabe lamentar que desde la Edad media no hayamos tenido los gustos y las tradiciones que, si no constantemente, por lo menos durante largos períodos, han constituido la fuerza y la dignidad de nuestros vecinos y asegurado á su país la prosperidad de la nación y la independencia del individuo; pero la cuestión está en saber si en el siglo xv podían y querían los ingleses transformar la Francia con ventaja para sus intereses futuros. Este es el problema. Pues bien, en tiempo de Enrique VI y de Carlos VII, Inglaterra caminaba, no hacia la libertad, sino hacia la anarquía feudal y la autocracia que de ella es consecuencia, y suponiendo que hubiese conquistado toda la Francia y que hubiese podido y querido, lo cual es más dudoso, modelarla á su imagen, no le habría hecho más que el triste regalo de nuevas guerras civiles.

Pero dejemos esas vanas hipótesis retrospectivas. En el siglo xv la mayoría de los franceses no querían la dominación inglesa, que consideraban injusta é intolerable y que los mismos borgoñones soportaban á regañadientes. En los momentos más sombríos hubo gentes valerosas que se sacrificaron para «impugnar» el tratado de Troyes, y posteriormente, cuando la suerte cambió, en las más apartadas aldeas quemáronse hogueras en señal de regocijo al tenerse noticia de los desastres ingleses. El triunfo de la antigua dinastía capeta fué festejada en todos los países de Francia y fué obra de todos: la adhesión al rey legítimo y las desgracias comunes habían hecho de Francia una nación.



Moneda de Felipe el Bueno, duque de Borgoña

LIBRO SEGUNDO

LA SOCIEDAD Y LA MONARQUÍA AL TERMINAR LA GUERRA DE CIEN AÑOS

La guerra de Cien Años despobló y arruinó á Francia, destruyó por muchos siglos centros de población, borró caminos y aniquiló multitud de monumentos, casas y objetos de todas clases que habían alegrado la vista y sido el adorno y la comodidad de la vida en la Edad media (1). Pocos pueblos civilizados han sufrido tantos desastres; pocos también se han levantado tan rápidamente de tan ruda caída. Los franceses, ha escrito Chastellain, son «prontos y activos en el trabajo y dispuestos en la fatiga... Tienen el cuerpo ágil, no con muchas carnes, ni soñoliento, ni perezoso ni tardío, sino siempre en obra, bien de manos, bien de inteligencia ó de palabra y de hecho.» La actividad desplegada por la población desde que fué posible trabajar, era á propósito para inspirar al cronista borgoñón aquel panegírico de la energía francesa, pues en realidad restauró no pocas ruinas. Pero también la guerra produjo efectos duraderos y de muy largo alcance, tales como un importante cambio de la riqueza en detrimento de los grandes propietarios de la Edad media, el clero y la nobleza, y en provecho de las clases laboriosas, y una profunda desmoralización que se tradujo por la persistencia de una gran criminalidad, por la perversión del sentimiento cristiano y por la decadencia de la Iglesia.

En la historia política, la guerra de Cien Años dió dos resultados sucesivos y contrarios, rebajando primero y engrandeciendo después el poder real. En medio de los desastres sin precedentes, los franceses se habían visto obligados en varias ocasiones á defenderse y á gobernarse á sí mismos, con lo cual se había despertado la iniciativa local, feudal ó municipal, y la institución, joven todavía, de los Estados generales y provinciales había alcanzado de repente una importancia de primer orden. Pero los franceses no trataron de mantenerse en las posiciones de este modo conquistadas á costa del poder real, sino que en el siglo xv no pidieron otra cosa que vivir tranquilos y perdieron, casi sin chistar, las libertades que tan caras habían comprado en la época de sus desgracias. Un ensayo de resistencia aristocrática, la *Praguerie*, fracasó lastimosamente y en veinte años pudo la monarquía, con rapidez prodigiosa, reconstituir todos los órganos de su poder, cubrir con las mallas de su administración casi todo el reino y crear impuestos y un ejército permanentes, vol-

viendo el rey de Bourges á ser para Europa el «rey de los reyes.» La inmensa mayoría de la nación habíase agrupado en torno suyo; la lealtad monárquica de Juana de Arco nos representa lo que era entonces el sentimiento popular: el patriotismo consistía en la adhesión al rey. Las tentativas realizadas por las asambleas de los Estados, por los señores y por las ciudades para organizar la resistencia á la invasión inglesa no habían sido estériles; pero sólo la realeza parecía capaz de librar á Francia de la anarquía y de la miseria, y en efecto la libró de una y otra.

CAPITULO PRIMERO

LA MISERIA Y EL TRABAJO AL TERMINAR LA GUERRA DE CIEN AÑOS

I. La escoria de la sociedad.—II. Las clases laboriosas. Los labradores y la propiedad territorial.—III. Oficios libres y corporaciones.—IV. Las minas y la condición de los mineros.—V. El comercio. Jacobo Coeur.

I.—La escoria de la sociedad (2)

En Francia como en todas partes ha habido siempre, y en la Edad media tanto ó más que en cualquier otra época, vagabundos, mendigos, estafadores y bandidos; pero el número de estas gentes aumentó, al parecer, considerablemente en nuestro país con la guerra de Cien Años. Millares de labradores que veían periódicamente devastadas sus cosechas, artesanos condenados á holgar á consecuencia de la miseria general, mercaderes repetidas veces desbaliados en los caminos, abandonaron sus campos, sus herramientas y sus negocios para hacerse, á su vez, mendigos ó bandoleros. La gue-

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Hay un estudio de conjunto sobre las «clases peligrosas» en el siglo xv, en la Introducción de *Oeuvres de Villon, Le Jargon et Jobelin*, por Augusto Vitu, 1889; pero se observan en él muchos errores. Sobre los gitanos: estudios de P. Bataillard, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» primera serie, tomo V, y tercera serie, tomo I; el *Journal of the Gipsy Lore Society*, 1889, y «Bulletin de la Société d'Anthropologie,» 1890. Sobre los mendigos: Enrique Sauval, *Antiquités de la ville de Paris*, tomo I, 1724, libro V. Sobre los estudiantes, los *coquillards* y la germanía: Douet d'Arceq, *Emeute de l'Université de Paris en 1453*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» primera serie, tomo V. C. Rossignol, *Histoire de Beaune*, 1854. S. Luce, *Les clercs vagabonds à Paris et dans l'Ile-de-France*, 1878. Longnon, *Etude biographique sur Villon*, 1877, y edición de las *Oeuvres de Villon*, 1802. Luciano Schöne, *Le Jargon de Villon*, 1888. Marcelo Schwob, «Revue des Deux Mondes,» 15 de julio 1892, y «Mémoires de la Société de linguistique de Paris,» 1892. Gaston Paris, *Villon*, 1901.

(1) Los archivos de Alais nos dan un ejemplo concreto de la disminución de la fortuna pública durante la guerra de Cien Años: los fondos imponibles en aquella ciudad valían 40.000 libras al comenzar la guerra, 26.369 en 1405 y 19.000 á mediados del reinado de Carlos VII (A. Bardou, *Histoire de la ville d'Alais de 1341 á 1361*, 1896, pág. 313).

rra arrojó también á los caminos reales gran número de estudiantes y de graduados. En el siglo xv las universidades se multiplicaron y prodigaron los diplomas; pero los colegios fundados en otro tiempo para albergar á los estudiantes pobres quedaron arruinados y las prebendas eclesiásticas, cuyo valor disminuyó notablemente, no mantienen ya más que á un corto número de privilegiados, convirtiéndose algunos clérigos en vagabundos ó cosa peor. Pero es indudable que, á fines del reinado de Carlos VII, el ejército de holgazanes y criminales se forma principalmente con los antiguos «desolladores» procedentes de todos los países de Occidente y de las más diversas clases. Desmoralizados por una carrera de ociosidad y de pillaje, ¿qué de extraño tiene que muchos soldados de las tropas ligeras hayan rechazado una existencia regular y laboriosa? Sin necesidad de cambiar de vida se han hecho bandidos y son los «beroards» de que habla Villón en sus baladas escritas en germanía. Conocemos los nombres de una cuadrilla de ladrones cogida en Dijón en 1455 y en ella encontramos borgoñones, picardos, normandos, bretones, gascones y también extranjeros, escoceses, españoles, saboyanos y provenzales: se trata evidentemente de un resto de aquel ejército de desolladores que diez años antes habían hecho vivir durante algunos meses Carlos VII y el delfín á costa de Suiza, de Alsacia y de Lorena.

Aquella cuadrilla capturada en Dijón formaba parte de la asociación de los «coquillarts», que contaba por lo menos quinientos miembros. La «Coquille» tenía su jerarquía y en ella se aplicaba el principio de la división del trabajo: los neófitos eran empleados como «gascates», es decir, como aprendices y luego pasaban á ser «maestros»; el que era «muy sutil» podía llegar á ser un «largo» y hasta el «rey de la Coquille». Los «vendiadores» cortaban las bolsas; los «beffleurs» estafaban por medio de los juegos de azar; los «coulons blancos» desbalijaban á los mercaderes en las posadas y los «enviadores» enviaban á sus clientes al otro mundo. Algunos corresponsales parisienses servían de encubridores. Los «coquillarts» hacían vida alegre en los garitos y burdeles de Dijón; de cuando en cuando se eclipsaban, regresando al cabo de algunas semanas «cargados de oro.» Tal vez veinte años antes aquellos mismos hombres combatían á los ingleses y practicaban el saqueo en grande escala á las órdenes de un La Hire ó de un Chabannes.

En 1449 se detuvo en los alrededores de París á una cuadrilla de «caimanes, ladrones, asesinos», que tenían «un rey» y «una reina», y cometían inauditas barbaridades como poco antes los desolladores. Frecuentaban los mercados y las romerías, y robaban niños por el solo placer de martirizarlos, vaciándoles los ojos y cortándoles los pies y las piernas. Una de las mujeres, que era de origen extranjero, confesó haber cegado á alfilerazos á un niño de dos años.

Otros nómadas menos peligrosos ejercían ó fingían ejercer un oficio ambulante: eran los gitanos, los «egipcios», que comenzaban entonces en Occidente sus interminables correrías (1), los buhoneros, los histriones,

(1) Eran tribus de origen indio que desde hacía tiempo andaban errantes por la Europa del Sudeste. En 1417 los gitanos aparecieron en Alemania; en 1427 los hubo en Amiéns y en París. Respecto de los gitanos en Francia en tiempo de Carlos VII

los «saltimbanquis seguidos de marmotas», los «volatineros», los supuestos peregrinos, los portadores de falsas bulas de indulgencias, que especulaban con el fervor de las almas devotas, los magos, los alquimistas, los evocadores del diablo, venidos en su mayoría de Italia y que especulaban con la credulidad de las almas avariciosas. Aquellos charlatanes contaron entre las víctimas de sus engaños á los más ilustres señores de Francia, Gilles de Rais, el conde de Clermont, el duque de Alençon y el rey Renato. A fines del reinado de Carlos VII, uno de los principales vasallos del duque de Borgoña, Juan de Beaufremont, tenía en su casa á un alquimista llamado Pedro d'Estaing, que pretendía ser «hijo de dama y caballero y pariente próximo del papa», y se vanagloriaba de proporcionar á sus clientes cuarenta ó cincuenta mil escudos al año. Después de haberse hecho albergar en el castillo de Mirebeau durante «mucho tiempo» y de haber sacado á su víctima importantes sumas, el alquimista huyó una noche por una ventana (2).

Los indigentes que pululaban en el siglo xv por las grandes ciudades, ferias y peregrinaciones formaron el «reino de los mendigos», reino bastante fuerte, con su rey, sus jefes de provincia y sus asambleas deliberantes. Vivían de la caridad pública y se negaban á admitir en su seno á los bandidos de camino real. Su delicadeza de conciencia seguramente tenía límites, pero de todos modos evitaban los escándalos ruidosos á fin de ser tolerados en las «cortes de los milagros», en donde habitaban de padres á hijos. En tiempo de Carlos VII había en París varias cortes de los milagros, la más antigua de las cuales estaba situada en la calle de la Truanderie; en el siglo xiv se había constituido otra en la calle de las Poulies, que se denominó desde entonces calle de los Francs-Bourgeois, porque aquellos extraños inquilinos no pagaban los impuestos municipales.

Aquella sociedad picaresca había inventado, sin duda hacía mucho tiempo, para su uso un idioma secreto. Siete baladas en germanía de Francisco Villón, otras cuatro que erróneamente le han sido atribuidas, pero que son de la misma época, algunos pasajes de misterios representados durante el reinado de Carlos VII, y por último, el proceso de los «coquillarts» de Dijón, permiten formar un pequeño vocabulario del caló al terminar la guerra de Cien Años, que se componía de palabras extranjeras, en corto número, importadas por los ingleses y por las cuadrillas cosmopolitas de las tropas ligeras, de vocablos de la lengua francesa más antigua ó sacados directamente del latín, ya que el caló universitario aportaba también su contingente, y de palabras aplicadas en distinto sentido del que primitivamente tenían y con significado completamente nuevo. Las *quilles* (bolos) son las piernas; la *serre* (garra) ó la *lonche* (cazo), la mano; los *ras* (rasurados), los clérigos; *polir* (pulir) ó *nettoyer* (limpiar) es robar. El caló del siglo xv abundaba en vocablos pintorescos y exactos y en expresiones fuertes, originales y vivas, pero su gro-

véase el *Journal d'un bourgeois de Paris*, párrafos 464 á 468, y las letras de remisión publicadas por H. Stein, «Annales de la Société historique du Gatinais», 1899.

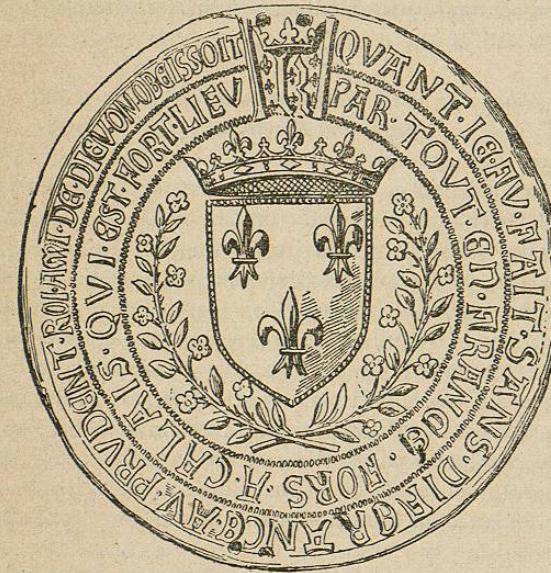
(2) J. Marion, *Procès de Jean de Beaufremont*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», 2.ª serie, tomo II.

sería le condenaba á no pasar de idioma de zahurda y de cárcel (1).

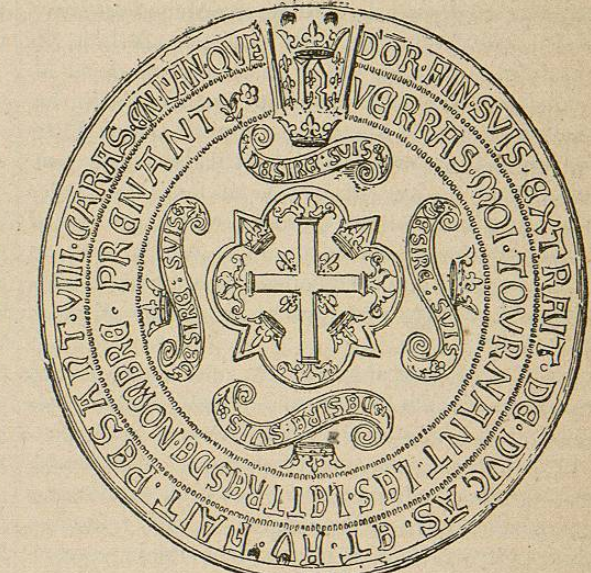
Aquella germanía, á la vez muy brutal y muy sabia, era adoptada y enriquecida por verdaderos letrados, pues muchos hombres de iglesia se trataban con los pícaros más redomados; los que cantaban en el coro de la Santa Capilla del duque Felipe, en Dijón, estaban afiliados á la cuadrilla de los «coquillarts» y se unían á ellos durante la noche para injuriar y pegar á los ciudadanos. Los estudiantes proporcionaban numerosos reclutas á las asociaciones de ladrones, y los que continuaban cursando en las universidades justificaban ampliamente el antiguo proverbio: «No encontraréis nada

en libertad hubo gran tumulto, pereciendo un bachiller á manos de los alguaciles de aquella cárcel. Durante nueve meses la Universidad suspendió sus cursos y cesaron las predicaciones en las iglesias de la capital. Villón nos habla en su *Grand Testament* de cierto *Romant du Pet au Deable*, cuyo asunto estaba evidentemente tomado de aquellos sucesos tragicómicos.

Villón tenía entonces veinte años y puede suponerse, sin injuriarle, que era el cómplice ó el inspirador de las peores fechorías de sus condiscípulos. Uno de los rasgos característicos del estado social é intelectual creado por la guerra de Cien Años es la carrera de maese Francisco Villón y su admirable obra poética surgida



Medalla conmemorativa de la expulsión de los ingleses



peor que los escolares.» La explosión de violencia y de bestialidad que en Francia había provocado la guerra de Cien Años, había reanimado en aquella clase los instintos de rapina y de tiranía facciosa ó brutal.

Producidos por ellos, hubo en Montpellier graves disturbios en tiempo de Carlos VII; los estudiantes cometieron allí durante dos años impunemente asesinatos y violaciones, derribando las puertas de las casas de los ciudadanos para aporrear á éstos y apoderarse de sus esposas ó de sus hijas (2). En París, los escolares fueron amos de la ciudad desde 1444 á 1453; los comerciantes de las Halles eran perseguidos y robados, y los oficiales de la curia y los estudiantes hacían desaparecer los géneros y las muestras de las tiendas. En 1451 arrancaron, cerca de Saint-Jean-en-Grève, un gran hito de piedra, llamado Pet-au-Diable, y lo transportaron al barrio latino, al Mont-Saint-Hilaire, y allí lo tuvieron á despecho del preboste. Continuamente inventaban ceremonias extravagantes y se mofaban de la policía. Por fin, en 1453 pudo más que ellos el prefecto, el cual hizo encerrar en el Chatelet á cuarenta estudiantes, á pesar de los privilegios universitarios; cuando fueron puestos

en la abyección de la taberna ó del calabozo y dominada por la sombra de la horca.

Francisco Villón era hijo de una familia pobre cuyo nombre patronímico no se conoce con toda certeza. El mismo usó varios nombres, y el que ilustró inscribiéndolo en sus poemas habíalo tomado de su protector, el capellán Guillermo, oriundo de Villón de Tonnerrois, que fué quien le hizo seguir los cursos de la facultad de Artes. Aquel joven «flaco y negro como un escobillón», inteligente y nervioso, era un holgazán incorregible; huía de la escuela «como los niños malos», y empleaba principalmente su talento en inventar ingeniosas estafas. Obtuvo la licenciatura en artes, que no era difícil de alcanzar, y siguió siendo tan pobre como antes. Un acontecimiento desgraciado le precipitó en la sociedad criminal: á la edad de veinticuatro años, en 1455, se disputó con un sacerdote y lo mató, y habiendo sido por ello condenado al destierro, anduvo vagabundo al través de Francia. Gracias á unas letras de remisión pudo á principios de 1456 regresar á París, en donde llevó una existencia abyecta, y no sin razón pudo hablar más adelante de todas las vergüenzas que había bebido. Cuando escribió en versos de forma admirable la *Ballade de la Grosse Margot*, innoble canto de triunfo del rufián, evocaba seguramente recuerdos personales. A fines de aquel año tomó parte en un robo con fractura cometido en el colegio de Navarra, y después

(1) Algunas palabras de la germanía del siglo xv figuran, sin embargo, actualmente en el Diccionario de la Academia francesa, como, por ejemplo, la palabra *dupe* (víctima de un engaño).

(2) Documentos publicados por L. Guiraud, *Jacques Coeur*, documento justificativo n.º II.

de aquella fechoría la prudencia que le caracterizaba le hizo abandonar la capital, no sin antes prometer á sus compañeros que prepararía en Angers un buen golpe consistente en robar á un viejo monje á quien se suponía dueño de quinientos ó seiscientos escudos. Villón reanudó, pues, su vida errante, siendo el personaje doble y equívoco de siempre, es decir, el ladrón conocido de sus semejantes y el gran poeta célebre ya por su *Petit Testament*. Presentóse en los palacios de los príncipes amigos de las letras, y estuvo en las cortes de Carlos de Orleans y del duque de Borbón, Juan II, sin dejar por esto de continuar sus operaciones como cortador de bolsas. Cuando murió Carlos VII, Villón estaba otra vez en la cárcel, encerrado y encadenado en los calabozos del obispo de Borbón, en Meung-sur-Loire; pero en 2 de octubre de 1461 pasó por allí Luis XI, el cual dió suelta á los presos en celebración de su advenimiento al trono. Entonces fué cuando Villón, habiendo recobrado la libertad, escribió su *Grand Testament*, su obra maestra, y las siete baladas en que emplea el calor de los ladrones y en todas las cuales desarrolla el mismo tema: ladrones, robad, pero tened cuidado con los alguaciles y con el verdugo, con la horca y la rueda que hace poner hocico. Esta es toda la moral del *Yargon ou Jobelin de maistre François Villon*.

Tenía sólo treinta años y ya era muy viejo y estaba con razón asqueado de sí mismo, «triste, abatido, más negro que una mora,» enfermo. Volvió á París, pero en noviembre de 1462 comprometióse en una riña nocturna, siendo aquella vez condenado á ser «ahorcado y estrangulado;» pero el Parlamento de París revocó en apelación la sentencia de muerte del bandido y se contentó con desterrar de la capital á maese Francisco, el cual poco después terminó seguramente su vida tal como la había empezado, es decir, siendo hasta su muerte un triste y cínico ejemplo de las miserias y vicios de su época.

Contra aquella turba de falsos pobres, de ladrones y criminales tan bien organizados para vivir á costa de los demás, ¿con qué medios de defensa contaba una sociedad salda apenas de la invasión y de la anarquía? La penalidad de la Edad media era terrible cuando se trataba de crímenes patentes: en Dijón fueron ahorcados seis «coquillarts,» y otros tres convictos de fabricación de moneda falsa fueron hervidos vivos en una caldera. Pero los magistrados de las ciudades á duras penas podían vigilar á los malandrines, y los bailes, encargados de mantener la seguridad de los caminos, disponían solamente de una policía muy rudimentaria, pues no se conocía aún entonces la mariscalería. En 1443, el comerciante Jacobo Coeur obtuvo autorización para limpiar de gente maleante el Langüedoc y embarcar á viva fuerza en la galera que periódicamente enviaba á Oriente, á las «personas ociosas, vagabundas y demás caimanes;» aquella fué la primera noción del presidio. En 1447 Roberto de Estouteville, preboste de París, fué autorizado por letras reales para hacer detener por sus alguaciles, no sólo dentro de los límites de su prebostazgo, sino además en todo el reino, á los ladrones y mendigos. Aquellas letras, sin embargo, no eran más que confirmación de antiguas ordenanzas; lo principal era que la medida fuese aplicada, y lo fué en efecto.

La sociedad y la monarquía se reorganizaron á fines del reinado de Carlos VII, merced no tanto á leyes nuevas cuanto á hechos.

No obstante, los documentos del tiempo de Luis XI y de Carlos VIII nos demuestran que el preboste de París sólo en parte pudo cumplir su misión; que no es posible en un día triunfar de los hábitos de pereza y de barbarie contraídos por un pueblo en el transcurso de una larga invasión. Los bandidos y los nómadas de la guerra de Cien Años dejaron un residuo del que la sociedad no pudo desembarazarse; existe, en efecto, un vínculo de filiación entre aquellos refractarios y los vagabundos que pululan en el siglo XVI y que durante las guerras de religión volverán á empuñar las armas para sembrar nuevamente en Francia el terror y la ruina.

II.—Las clases laboriosas. Los labradores y la propiedad territorial (1)

La condición de los labradores, como la de todos los trabajadores, ha variado mucho en Francia desde el siglo XIII al XV, y estas transformaciones provienen en parte de fenómenos económicos y sociales cuyos orígenes son muy antiguos, y en parte de la guerra de Cien Años. Describiremos someramente la evolución de las clases laboriosas, rurales y urbanas, desde los comienzos del siglo XIII, antes de señalar las consecuencias que para cada una de ellas tuvo la invasión inglesa, y de este modo podrá el lector formarse concepto en conjunto del estado de la agricultura, de la industria y del comercio en Francia, durante los últimos siglos de la Edad media.

Ya hemos visto (2) que desde los tiempos de las primeras cruzadas muchos siervos habían sido manumitidos, por lo menos parcialmente, y por otra parte se aligeraban las cargas que pesaban sobre los villanos francos, comenzando á transformarse en impuestos pecuniarios los censos en frutos y hasta los servicios personales. Las inmensas roturaciones realizadas entonces habían desarrollado una clase numerosa de labradores libres, los «huéspedes,» y el progreso de las clases rurales recibió un nuevo y vigoroso impulso durante los cien años de prosperidad que precedieron á la invasión inglesa (3). El aumento de la población y de la riqueza encareció el precio de la tierra y movió á los señores á explotar los terrenos que continuaban incultos. En aquella época fué también cuando volvió á ser cultivada una parte del Albigeois, poco antes devastada por la cruzada contra los herejes. Gracias á esto, la mano de

(1) OBRAS DE CONSULTA.—H. See, *Les classes rurales et le régime domanial en France*, 1901, para el período anterior al siglo XV. L. Delisle, *La classe agricole en Normandie au moyen âge*, 1851. C. de Beaurepaire, *Etat des campagnes de la Haute-Normandie dans les derniers temps du moyen âge*, 1865. De Ribbe, *La société provençale à la fin du moyen âge*, 1891. Padre F. A. Denis, *Lectures sur l'histoire de l'agriculture en Seine-et-Marne*, 1880. M. Quantin, *Le Tiers Etat au moyen âge dans les pays qui forment le département de l'Yonne*, 1851. La obra de G. d'Avenel, *Histoire économique de la propriété, des salaires, des devoirs et de tous les prix*, 1894-98, no puede ser utilizada sin cierta precaución.

(2) Véanse págs. 581 y siguientes, tomo I, y 176 y siguientes del presente tomo.

(3) Respecto de esta prosperidad material de Francia antes de la guerra de Cien Años, véanse págs. 400 y siguientes.

obra adquirió más valor; los labradores impusieron sus condiciones, los descontentos emigraron en busca de amos más acomodaticios, y los señores de buen ó mal grado hubieron de otorgar concesiones nuevas. Multiplicáronse las cartas de manumisión, los labradores libres de algunas comarcas obtuvieron de sus señores ó les compraron la supresión de obligaciones molestas, tales como los trabajos personales gratuitos y el uso forzoso del horno, y, finalmente, los cultivadores, que ofrecieron sus brazos para roturar una tierra, firmaron contratos para ellos muy ventajosos, recibiendo el terreno á perpetuidad y convirtiéndose, por decirlo así, en propietarios del mismo, puesto que pudieron no sólo legarlo, sino que también venderlo, á cambio de lo cual pagaron una renta fija y quedaron sometidos á determinadas obligaciones. Aquel régimen fué el del «censo.»

Las familias que desde hacía muchas generaciones no se habían movido de su campo y que no habían obtenido ni comprado ningún favor, ni franquicia, ni supresión de derechos señoriales, habían visto también mejorada su condición porque los cánones habían disminuido por sí mismos. En efecto, como desde el siglo XII un gran número de derechos se pagaban en plata según una tasa inmutable, y como el valor de la moneda fué bajando cada vez más en los siglos XIII y XIV, las rentas del dómimo propietario disminuyeron en provecho del cultivador. Poco á poco entraba la descomposición en el poder y en la fortuna de la nobleza y se disolvía el régimen de dominio que se había constituido en los primeros tiempos de la Edad media con sus propietarios nobles y eclesiásticos que poseían una parte de soberanía, tenían atribuciones de justicia y explotaban duramente á sus labradores. La autoridad del señor estaba quebrantada y era discutida arriba y abajo; los funcionarios del rey ó del poderoso príncipe dotado penetraban en todas partes. La nobleza había contribuido á su propia ruina: siempre necesitada y cada día más pobre porque el progreso económico sólo á los trabajadores aprovechaba, disipaba poco á poco sus derechos y sus bienes vendiendo con mucha frecuencia censos ó porciones de censos, derechos de justicia y rentas sobre sus fundos á los plebeyos enriquecidos y á las iglesias bien administradas.

Algunos señores inteligentes buscaron un sistema de explotación ventajoso para ellos, apareciendo entonces, á fines del siglo XIII, el régimen del arrendamiento. El arrendatario firmaba un contrato de arriendo de duración variable, por quince años por ejemplo, y á cada renovación del mismo el arrendador podía variar las condiciones. Otros señores, en muy corto número, explotaron directamente todas sus tierras ó parte de ellas por medio de criadas ó criados á quienes pagaban por meses ó por años, y de jornaleros que se alquilaban en los momentos de apuro (1).

De suerte que en los dos siglos que precedieron á la invasión inglesa, la fuerza de las cosas había continuado modificando la organización de las clases rurales. Finalmente, habíase formado una clase de arrendatarios que discutían periódicamente con sus propietarios los

(1) Véase en la página 401 el ejemplo de Thierry de Hiereçon.

términos de sus contratos y que eran más libres, pero que tenían menos seguridades para el mañana que los terrazgueros ordinarios. Se había creado asimismo un proletariado de mozos y jornaleros agrícolas reclutados, como los arrendatarios, en el exceso de la población libre ó entre los siervos fugitivos y los villanos descontentos de su señor. Sin embargo de todo esto, los terrazgueros apegados hereditariamente al terruño, bien por una tradición inmemorial, bien por un contrato de censo, seguían constituyendo la inmensa mayoría de la población rural y eran, sin duda alguna, los que mayores beneficios sacaban de las transformaciones de la propiedad rural y de la ruina de los señores. En provecho suyo se fundaba una especie de pequeña propiedad incompleta (2). Los estudios de detalle que se han hecho sobre ciertas tierras de Normandía, de Gátinais, de Berry, de Borgoña y sobre los dos países que pronto había de anexionarse Luis XI, el Rosellón y la Provenza, van á parar todos á la misma conclusión, á saber: que á fines de la Edad media la propiedad territorial estaba tanto ó más fraccionada que en nuestros días, siendo lo normal las pequeñas heredades. No sólo eran muy numerosos los labradores dueños ó poco menos de sus tierras, sino que además cada uno de ellos poseía parcelas diseminadas y muy exiguas: así, por ejemplo, un terreno de setenta y seis acres, situado en Quettehou y que se denominaba el feudo de Rosel, estaba dividido en ciento diez parcelas, pertenecientes á treinta y nueve individuos. Este extremado fraccionamiento era debido á la vez á la incuria de las antiguas familias y á la desmembración fatal de los patrimonios; en efecto, el derecho de primogenitura distaba mucho de estar en vigor en todas partes y no era integral; además, sólo se aplicaba á los bienes nobles (3).

Al terminar la guerra de Cien Años se reprodujeron los mismos fenómenos que en tiempo de las primeras

(2) Y aun sucedía en el Mediodía de Francia que, por virtud de una usurpación muy frecuente, los enfiteutas transformaban su posesión en propiedad completa, sin desembolsar un céntimo. Si el señor descuidaba, durante cierto tiempo, la reclamación del censo, no podía volver á entrar en posesión de su derecho más que demostrando la legitimidad de su demanda ante los cónsules y los prohombres con la presentación de un título auténtico: *no hay señor sin título*, se decía. Pues bien: muchas veces el archivo había ardiado y habían desaparecido los pergaminos, y entonces el señor perdía el feudo, que se convertía en alodio, en provecho del labrador que lo cultivaba.

(3) A partir de fines del siglo XV comenzará en Francia la reconstitución de los grandes patrimonios, lo que se deberá en parte á algunas familias económicas, amantes apasionadas del terruño, que dificultarán por toda clase de medios ingeniosos el fraccionamiento de las herencias y acumularán poco á poco las parcelas contiguas para fundar una propiedad concentrada. Pero quienes más contribuirán á ello serán los ciudadanos enriquecidos que buscarán la manera de colocar ventajosamente los capitales adquiridos en el comercio, en la industria y en los empleos lucrativos, y se dedicarán á formar importantes heredades que explotarán directamente ó arrendarán á corto plazo. Aquella reconstitución será también á veces obra de las brutales usurpaciones de los barones poderosos: en Agenais se verá como grandes casas feudales se atribuyen, por una larga serie de abusos, la propiedad de tierras que no les pertenecían, y como reducen á la condición de terrazgueros á algunos pequeños propietarios alodiales independientes que en el siglo XVI se verán obligados á pagarles censos (Tholin, *Ville libre et barons, essai sur les limites de la juridiction d'Agen*, 1886). De este modo se operará en los campos, á partir de la época del Renacimiento, una reacción feudal que contrariará la evolución comenzada á fines de la Edad media.